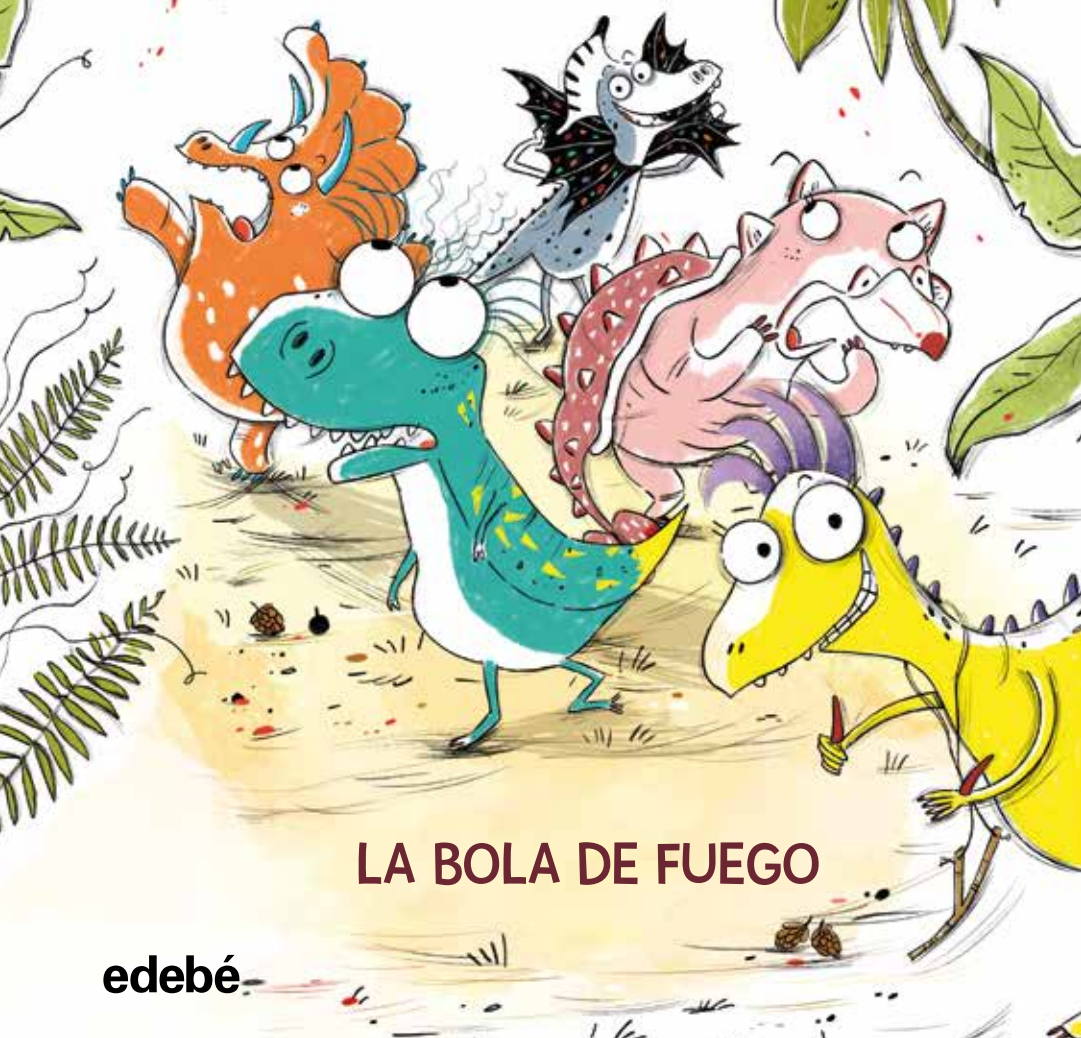


ELEONORA BABBO
VINCENZO GALLI

Ilustraciones de
FRANCESCA CARABELLI

LOS RESISTO SAURIOS



LA BOLA DE FUEGO

edebé





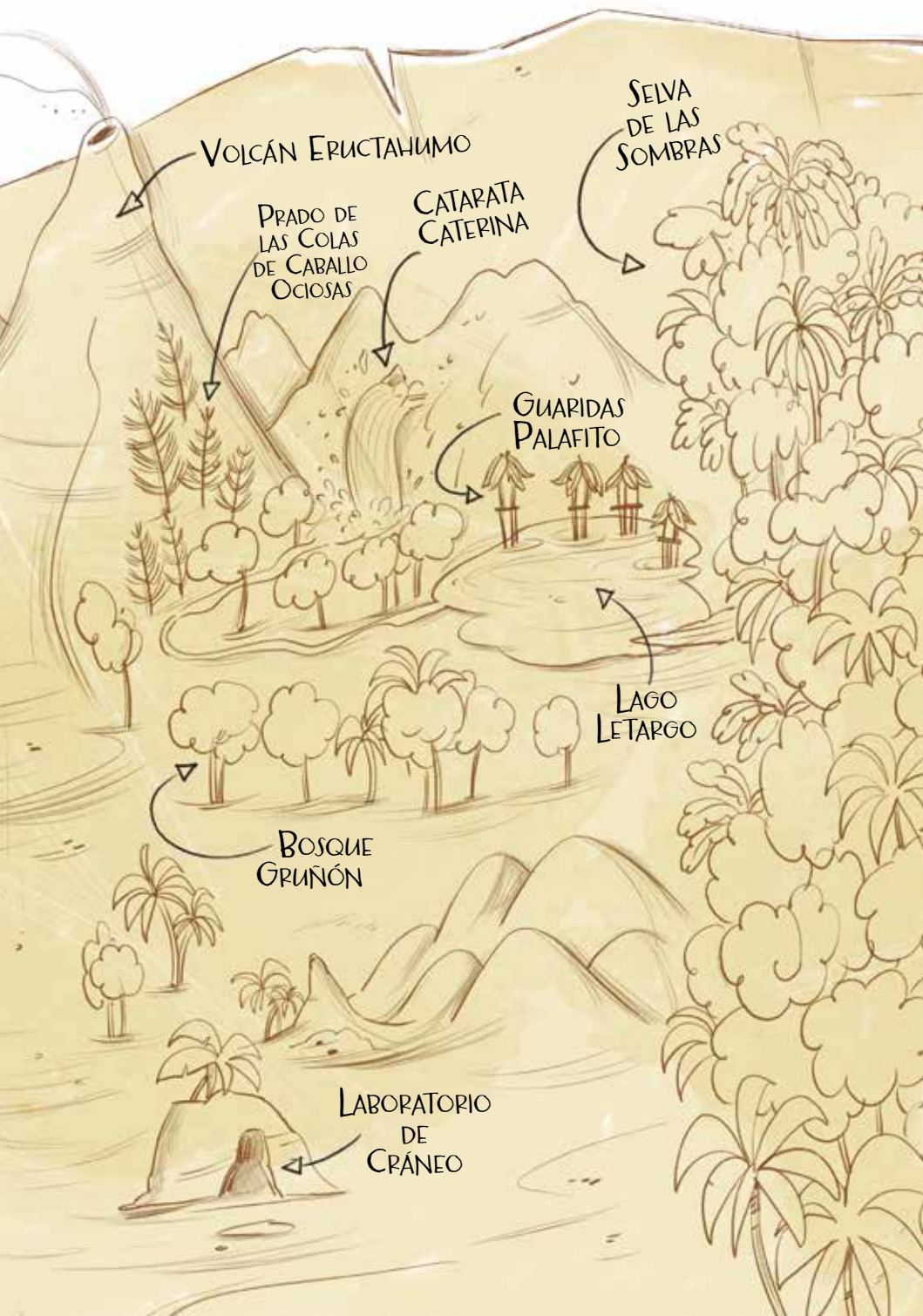
¡GARRAS



EN ALTO!

VALLE SOÑOLIENTO





VOLCÁN ERUCTAHUMO

SELVA
DE LAS
SOMBRAS

PRADO DE
LAS COLAS
DE CABALLO
OCIOSAS

CATARATA
CATERINA

GUARIDAS
PALAFITO

LAGO
LETARGO

BOSQUE
GRUÑÓN

LABORATORIO
DE
CRÁNEO



Título original: *I Resistosauri. La palla di fuoco*

Texto © 2025 Eleonora Babbo y Vincenzo Galli

Ilustración © 2025 Francesca Carabelli

Primera publicación en 2025 por Editrice Il Castoro, Srl, Viale Andrea Doria 7, 20124 Milano (Italia) www.editriceilcastoro.it info@editriceilcastoro.it

A partir de una historia de Book on a Tree.

© 2025 Editrice Il Castoro, Srl. Todos los derechos reservados.

Derechos de traducción negociados por mediación de Ute Körner Literary Agent

© Traducción: Marinella Terzi, 2026

© Edición: Edebé, 2026

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

edebe.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte

Editora: Elena Valencia

1.ª edición, septiembre 2026

ISBN: 978-84-683-7923-4

Depósito legal: B. 11825-2026

Impreso en España/Printed in Spain



PEFC/14-38-00352

PEFC Certificado

Este producto
procede de bosques
gestionados de forma
sostenible y fuentes
controladas

www.pefc.es

Queda terminantemente prohibido cualquier uso de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa. El autor y el editor se reservan todos los derechos de licencia de uso de esta obra para dicho fin y para el desarrollo de modelos lingüísticos de aprendizaje automático.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

ELEONORA BABBO

VINCENZO GALLI

LOS RESISTO SAURIOS



LA BOLA DE FUEGO

Ilustraciones de FRANCESCA CARABELLI

Traducción de MARINELLA TERZI

edebé

¡ENTRA EN LA PANDILLA

Están fuera de sí, tienen garras, mucha hambre y sobre todo... ¡se niegan a extinguirse!

IGGY

Enérgica y más testaruda que una roca sedimentaria, no quiere adaptarse al ritmo de continuas siestas que determina la vida de Valle Soñoliento. Recién llegada a la aldea tras años de peregrinaje con sus padres, no consigue estarse quieta. Sus pulgares provistos de garras siempre andan a la busca de un nuevo invento que crear, una aventura que afrontar, una piña que encontrar.



DE LOS RESISTOSAURIOS!

BRITTA

Es difícil no hacer enfadar a Britta Chichón. Desconfiada y rabiosa, tiene por instinto resolver los problemas destruyendo las cosas. Su lengua hiere tanto como su cola, pero bajo todas sus escamas y bultos oculta un corazón leal. Sin embargo, a veces, la rabia no es suficiente. Y cuando el miedo es demasiado fuerte, pierde el control y cede a la superstición.

BRITTA





REGINA

Imponente, con una voz ronca que provoca escalofríos y una hilera de dientes afiladísimos. Y, sin embargo, Regina solo ve sus brazos cortos, demasiado cortos, tan cortos que se siente inútil y no es capaz de comprender la gran cantidad de recursos de los que dispone y que todos esos límites que cree tener están solo en su cabeza.





TROCCO

Tímido y crédulo,
cuando está asustado
balbucea. Lo aterroriza
todo, incluso sus
propios cuernos, tanto
que duerme con
cubrecuernos para evitar
herirse accidentalmente. Pero,
cuando Iggy llegó a la aldea, fue el primero que se
atrevió a tenderle la pata a la recién llegada.

LORD

Vanidoso y elegante, descende de una antigua
noble estirpe de protozoos luminiscentes. De sus
antepasados heredó un collar luminoso que a
menudo despliega para exhibirse. Le apasionan los
baños de fango y odia saltarse las siestas: el cansancio
provoca arrugas. Y las arrugas son muy vulgares.



1

ENTRE SUEÑECITO Y SUEÑECITO

Dos puntitos verdes brillaron en la oscuridad. Eran los ojos de Iggy que buscaban una vía de escape.

—No pueden tenerme prisionera aquí dentro
—comentó para sí misma la cría de iguanodonte mientras se movía furtiva por la fría pared de la cueva.

No tenía miedo, era la dinosauria más valiente de todo el Cretáceo. Pero un ronquido imprevisto le hizo erizar las escamas. ¡No debía despertarlos!



A la tenue luz que penetraba en la gruta,
vio dos tripas gruesas bloqueando la entrada:
subían y bajaban dormidas. Se cargó la cola al
hombro y observó la estalactita más grande.

—Podemos hacerlo —susurró a sus pulgares
provistos de garras.

Se dio impulso, saltó hasta colgarse con las
garras de la estalactita. Y...

¡PAM!



... Aterrizó al otro lado. Una zancada y se deslizó fuera de la guarida, dejando atrás a sus padres dormidos.

—¡Por fin libre!

La pequeña sacudió la cresta y apuntó las garras amarillas hacia el sol. Sus amigos ya la estaban esperando: Trocco, un tricerátops joven, y Regina, una mastodóntica cría de T-Rex.

—Si descubren que nos hemos saltado la siesta otra vez —se quejó Trocco—, acabaremos

teniendo problemas.

—¡Saltarse las reglas hace que te sientas rebelde! —dijo Regina emocionada.

—Chist, vamos a despertar a la aldea —la regañó Trocco.





Iggy empezó a caminar hacia el bosque.

—Imposible, ¡los vallesoñolientos no se mueven ni con la erupción de un volcán!

Tenía razón. Valle Soñoliento era el lugar más tranquilo del mundo. De hecho, allí se dormían diez siestas cada día.

De pronto, un ruido resquebrajó el aire.

¡BLUUURB!

—¿Qué-qué es? ¿Una tempestad? —preguntó Trocco. Balbuceaba siempre que estaba asustado (es decir, casi siempre).

—Es la barriga de Iggy —se rio Regina—. Reclama piñas crujientes.

—Compañeros, objetivo husmeado —dijo Iggy lamiéndose el hocico—. Ahí están: tres piñas goteando resina colgadas de una rama.

—¡Están de-demasiado altas! —exclamó Trocco—. Sal-saltarás, tro-tropezarás y te irás ro-rodando. No te ve-veremos nunca más.



Regina se aupó hacia la rama para ayudar a su amiga, pero no logró ni siquiera rozarla.



—Estas patas minis son inútiles —resopló—. Un día de estos me las arranco.

—¡No seas jurásica! —dijo la iguanodonte—. ¡Quien no tiene patas tiene cabeza!

Y se quitó del cuello un artilugio extraño: una rama que se bifurcaba en dos con un trozo de liana que unía las dos partes.

—Mi nuevo invento —explicó Iggy—. Se llama *atinapiñas*.



Tomó una piedra del suelo y la empleó para tensar al máximo la liana.

Enfocó y soltó la piedra. El proyectil cruzó el aire y las tres piñas cayeron a sus pies.

—¡Blanco! —gritó la T-Rex con un miniaplausos.



Iggy lanzó dos a sus amigos y después mordió la suya. El sabor de la madera, la resina y los piñones estalló en su boca.

—Ahora que tenemos la tripa llena —dijo Regina tragando su piña de un bocado—, todos a la cama antes de que nuestros padres se den cuenta de que hemos desaparecido.

—¿De verdad tenéis que iros? —bufó Iggy—. Quedaos conmigo, por *favooooooooor*...

—¿Bro-bromeas? —intervino Trocco—. ¿Sabes lo que-que le ocu-ocurre al que se salta la siesta?

—¿Que tiene más tiempo para jugar? —trató de adivinar Iggy.

—No, que vienen a buscarlo los pa-pa-pa...

—¡Los pavorosaurios! —acabó Regina por él.

—Solo es una leyenda —se rio Iggy.

—¡Existen! Son E-ENORMES, pura oscuridad y caminan sobre la cola.



—Y dado que no tienen patas —añadió Regina—, arrancan las de las crías que no duermen.

—Pero ¿no querías deshacerte de las tuyas?
—bromeó Iggy.

—Llevas en la aldea poco tiempo —dijo Regina—. Te habitarás a nuestros ritmos.

Con unos cuantos bostezos, los dos desaparecieron en dirección a la guarida e Iggy se quedó sola a la sombra de los pinos.

—«Habituarme». Ni pensarlo —resopló.

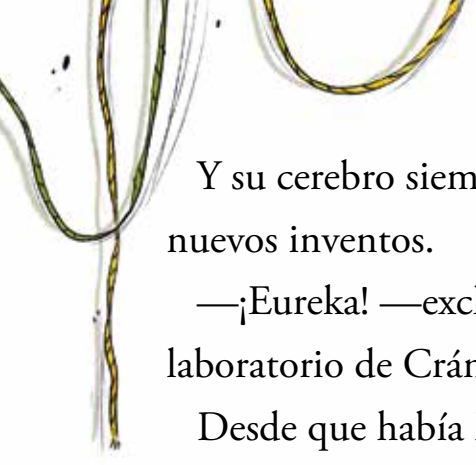
Efectivamente, sus padres, mamá Ana y papá Donte, se habían adaptado a las costumbres de Valle Soñoliento, a aquella vida malgastada entre bostezos y siestas.

Pero la pequeña iguanodonte era distinta.

Su cresta estaba hecha para surcar el viento.

Su cola ardía en deseos de zambullirse en el fango.





Y su cerebro siempre estaba trabajando en nuevos inventos.

—¡Eureka! —exclamó Iggy—. Voy al laboratorio de Cráneo.

Desde que había llegado a la aldea, Cráneo el inventor la dejaba curiosear por todas partes y ya le había enseñado un montón de cosas.

Como, por ejemplo, a reconocer los mejores troncos que tallar y a pulir las conchas de los amonites. ¡Por no hablar de cómo darse cabezazos contra la pared cuando las ideas no llegaban!

Sin embargo, cuando estaba a un paso del final, el paquicefalosaurio tiraba sus propias creaciones por la ventana. Porque siempre estaba convencido de que no iban a funcionar. O peor: de que eran inútiles.

Iggy lo encontró roncando con la cabezota sobre la mesa.





—Un inventor no tendría que dormir nunca
—protestó a media voz—. Veamos qué ha
tirado hoy.

En medio de los desechos, una rama cóncava
llamó de inmediato su atención. Uno de sus
lados estaba tapado por un disco de amonites
transparente.

Iggy miró en su interior.

Vacío.

No, no, había unas escamas azuladas y grises.
Y dos boquetes enormes.

—¡BUAH! ¡Pero si es la nariz de Cráneo!

Apartó el ojo del tubo. La nariz del inventor
todavía estaba pegada a su hocico.

—Es para ver las cosas lejanas —dedujo—.
¡Lo llamaré *largovisor*!

Lo dirigió hacia las piñas distantes, y pudo
contar los piñones. Lo enfocó hacia la guarida
de Trocco, y descubrió que dormía con unos



cubrecuernos graciosísimos para no pincharse
en pleno sueño. Finalmente, miró al cielo.

Y fue allí donde la vio por primera vez.

Gigante, amenazante.

Más inquietante que la nariz llena de mocos
de Cráneo.

Una piedra que flotaba entre las nubes.

Y venía directamente hacia ellos.

